

# El combate de los hombres justos

Joana Bonet



Cuando el historiador Ivan Jablonka escribió *Laëtitia o el fin de los hombres* (Anagrama), no excluyó su propio yo del relato, en contra de la posición de la academia. Se adentró desde la primera persona en una investigación histórica sobre la violación y el salvaje asesinato de la joven Laëtitia Perrais, que, en el 2011, conmovió a Francia. A la joven le fallaron todos los hombres de su vida: el padre biológico que violó a su madre y estuvo preso; el de acogida que le atribuyó el Estado, otro agresor sexual, y, por último, su asesino, un hombre desgarrado en quien ella confía por un día y que acabará descuartizándola. Sarkozy, en aquel entonces, utilizó la tragedia para instaurar políticas populistas.

Su libro, premiadísimo, fue un desatascador que, siguiendo el razonamiento de Barthes sobre el suceso, se ocupa de invertir la intrascendencia del término para convertirlo en hecho histórico. Aunque, a diferencia de los Capote, Genet o Carrère, el profesor de la Universidad de París no ahonda tanto en el crimen, en la

muerte, como en la vida de la “ausente”, evitando la palabra *víctima*: “Todo criminal es pequeño, es un desgraciado. Que nuestra fascinación y ternura vaya a los inocentes. No honrar, celebrar, deplorar, sino entender”.

Cuando supe que venía a España para presentar *Hombres justos* e *Historia de los abuelos que no tuve* (Anagrama), quise entrevistarle. No hay otro autor que haya desarticulado intelectualmente el patriarcado como él, ni que, al tiempo, aborde un análisis tan profundo sobre la vulnerabilidad masculina. Jablonka es idéntico a la foto de solapa de sus libros; transmite orden, pulcritud, y un punto de severidad con sus labios finos y prietos. El autor de *Hom-*

## Sin duda, el actual malestar de muchos hombres procede del propio machismo

*bres justos* –debería ser lectura obligatoria en los institutos– tiene tres hijas, y, asumiendo su utopía paternal, me confiesa en el Hotel de las Letras de Madrid: “Yo quiero cambiar el mundo para ellas”. Pero también reconoce las discusiones con su mujer. “Me repite que no merezco ninguna medalla, y es verdad, muchos hombres esperan siempre una medalla. Quieren ser héroes de lo cotidiano”.

En *Laëtitia...* escribió “siento vergüenza de mi propio género”, una frase que armó polémica. Para demostrarla, se dispuso a abrir en canal la fragilidad y la violencia masculinas. Se basó en tres datos de estadísticas globales: los hombres se suicidan entre tres y cuatro veces más que las mujeres, las cárceles están llenas de varones, y ellos mueren mucho más que ellas en accidente de tráfico. “Se trata de la alienación masculina propiciada por la creencia de que un hombre es un ser sólido que nunca va al psicólogo, que tiene que conducir rápido y afrontar todo tipo de riesgos; sin duda una concepción arcaica de la masculinidad”, señala.

No tengo ninguna duda de que el actual malestar de muchos hombres procede del propio machismo. Me pongo en su lugar ante cada noticia de un nuevo asesinato, violación, manada, o el abominable crimen –sin cuerpo– de Marta del Castillo, y reparo en lo ajenos que pueden sentirse de esa configuración patriarcal y violenta. “Humanidad y masculinidad no es lo mismo”, repite Jablonka, que considera a España en la vanguardia europea de las políticas de igualdad y alerta sobre “el delirio de la extrema derecha” que consiste en repetir que las cuestiones de género son propaganda. Como hombre admite que tiene que luchar contra sí mismo, contra su inercia e incluso contra su pereza, pero ha conseguido colocar las piedras angulares para una auténtica transformación de lo masculino, desgajándola de la dominación y la vanidad. Y lo admite: “Sí, es un combate”.